

# Historia

## EL ALMA DE FEDERICO OZANAM

Se ha cumplido el primer Centenario de la muerte de Federico Ozanam 8-9-1853 — 8-9-1953. Ya los lectores de S I C pudieron leer en el mes del pasado Noviembre la interesante relación de las notables conmemoraciones de Marsella, Lyon y París que escribió el Delegado de la Sociedad de San Vicente y Presidente de su Consejo Superior en Venezuela, Sr. Jacob D. Dib. Pero no puedo contentarme con eso. La figura del Fundador de las Conferencias vale la pena de que la estudiemos. Su aspecto exterior y el marco en que esa vida se encuadra es por demás conocida de todos nosotros. Esas manifestaciones tan pujantes y espléndidas brotan de la vitalidad de su espíritu. Ahí está siempre la raíz y solución de todos los problemas.

**Un espléndido modelo.**— Con frecuencia pensamos que las obras, hoy florecientes, tal vez funcionando con regularidad, no han conocido las etapas de una gestación laboriosa. Así nos ponemos al abrigo de todo reclamo, si nos sentimos incapaces de la Obra por las

dificultades que nos asaltan. Federico Ozanam sin embargo, no era el hombre mejor dotado para la obra que coronó. Su propio carácter parecía cerrarle el camino a sus aspiraciones. Raras veces podemos penetrar en el alma ajena; mucho menos cuando muchos lustros nos separan de ella. Pero no faltan hombres sinceros que han tenido sus efusiones; que han ido escribiendo como el diario de su vida en sus comunicaciones epistolares y ahí en esas páginas de tono confidencial en que vuelca sus sentimientos, sin que sea menoscabo de su espontaneidad el pensamiento de su ulterior publicación, nos legaron la fotografía más completa de su interior. Es precisamente lo que interesa y donde quiero penetrar. Y el epistolario de Ozanam es rico. En la edición de sus obras (Librairie Victor Lecoffre, París, 1881) ocupan los volúmenes 10 y 11.

Con cariño extraordinario había trabajado primero en su Vida y luego en su epistolario el Sr. F. Mejezaze. La conmemoración del Centenario le pareció ocasión propicia para publicar una especie de historia interna del Fundador de las Conferencias de Caridad. (1) Ahí encontrará el lector más abundantes referencias e ideas.

**Su exterior.**— No fue la Naturaleza pródiga con Federico Ozanam en sus cualidades físicas. Los cuadros y dibujos nos presentan un tipo poco gracioso y ordinario. Y nada ayudaba a disimular la primera impresión, su estatura mediocre, su palidez intensa, su vista corta y su larga cabellera; todo ello con actitudes y movimientos más bien desgarrados. Así nos lo pinta uno de sus discípulos de retórica en el Colegio Stanislas, Mr. Caro cuando Federico frisaba en los 30 años (1842) "Nada tenía Ozanam de cuanto predispone en favor de un hombre; ni belleza, ni elegancia, ni gracia".

**Su interior.**— Pero bajo esas apariencias que parecían condenarlo al fracaso

---

do tan generosamente a prestar su colaboración; a los padres de familia que nos han entregado el mayor de sus tesoros: sus propios hijos; a aquellos colegios que han orientado a sus alumnos hacia la Universidad Católica. Sea mi última palabra para Uds.: estudiantes! ¡Bienvenidos a esta Universidad: en esta casa encontrará un hogar y en cada uno de los profesores un amigo, un ductor, un padre que no retrocederá ante el sacrificio.

Como venezolano, no puedo menos de regocijarme íntimamente al comprobar el nuevo paso de avance que da la educación en Venezuela al inaugurarse la era de las universidades privadas. Ellas proclaman grandeza para la Patria, porque la prosperidad de la educación es la prosperidad de la Patria. En forma luminosa condensó Bolívar esta verdad: "las Naciones marchan hacia el término de su grandeza, con el mismo paso con que camina la educación. Ellas vuelan, si ésta vuela; retrogradan, si re-

trograda, se precipitan y hunden en la oscuridad, si se corrompe o absolutamente se abandona. Estos principios dictados por la experiencia, e inculcados por los filósofos y políticos antiguos y modernos, hacen hoy un dogma tan conocido que no se hallará tal vez individuo alguno que no se sienta penetrado de su verdad".

Dios, Patria, Juventud: ahí va condensada el alma de nuestra Universidad. En esas tres palabras vibra nuestro programa de acción. Sin escuela, no hay Patria; sin Dios, no hay escuela; sin Dios y sin escuela, no hay juventud. Nosotros ciframos nuestro orgullo en reconocer a un Dios, servir a una Patria, consagrarnos a una juventud. La solemnidad de estos claustros quedará unida por la soberana presencia de Dios, por la cálida cercanía de la Patria y por el ímpetu generoso de la juventud venezolana.

He dicho

en sus relaciones sociales, se escondía un alma rica en ideas elevadas y en nobles sentimientos. Y en última instancia el valor del hombre radica en su espíritu. Con frecuencia a gigantes y organismos bien proporcionados, casi arquetipos de belleza, se les puede aplicar el dictamen de la zorra a una preciosa estatua de mármol: "Tu cabeza es hermosa, pero... sin seso". Y eso es precisamente el puro animal. Fruto menguado recogerán los que para el avance de la sociedad ponen empeño en marcas y récords; como si el hombre en velocidad y saltos pudiera competir con el caballo de carrera o el tigre de la selva. De los campos de deporte con la manía casi exclusivista de su valor o la supervaluación sobre la parte psíquica, no brotará la elevación de la humanidad. El desafío del músculo sobre la inteligencia tuvo su prueba en Grecia. Esparta con sus soldados musculosos no triunfó sobre los tranquilos filósofos de los jardines de Academo. Y Atenas fue y sigue siendo el índice de la brillante civilización helénica.

En aquella pobre configuración de Ozanam que pasaba casi inadvertida, llamaba la atención la transparencia de su alma que todo lo transformaba. La sonrisa de sus labios llevaba el mensaje de un espíritu delicado; la palabra era vehículo de ideas amplias y generosas y el latido del corazón se percibía en el entusiasmo con que ideaba sus nobles empresas y el ardor con que las llevaba a cabo. Para él la Verdad y el Bien eran aspiraciones supremas a las que había que consagrar la vida entera. Y ya desde muy joven ese ideal, algo vago en su expresión, se concretó en la defensa del Catolicismo con la ciencia y la vida de caridad, concretada en la Sociedad de San Vicente. Sus contemporáneos y biógrafos están también contentes en esta materia. Nos contentaremos con el testimonio del que fue como su padre durante sus estudios universitarios en París, ya que durante cinco años vivió en su casa. Andrés María Ampere nos habla "de su saber conquistado a puro trabajo; de su esfuerzo constante; de su entusiasmo y modestia; de su amabilidad y sinceridad; del cuidado que pone en todo, hasta en la escritura. Cierra su juicio con estas textuales palabras: "Hombre sabio, elocuente, virtuoso; memoria cara a las letras, a la religión y a la libertad".

Condensando ahora el pensamiento de estos dos párrafos, podríamos dar como su fórmula definitiva: Pobreza de cuerpo-Riqueza de alma. Y como siempre, triunfo; porque triunfo y derrotas son del espíritu. Pero vale la pena que desmenecemos más los estratos que constituyen el filón de esa mina espiritual.

**Carácter reflexivo.**- En la variada gama de caracteres en la edad juvenil, no es éste el ordinario. La sangre que bulle y la imaginación que colora y el entusiasmo que empuja, despeñan la energía vital en corrientes impetuosas y alborotadas sin que previamente se piense en señalarle un curso o prepararle un cauce. Al tomar en sus manos un libro de filosofía o historia; al oír o ver los hechos que se van desarrollando en

su patria, Federico cierra los ojos para meditar hondamente sobre su contenido y para estudiar el precipitado de todos los factores que intervienen. Y no se detiene hasta conseguir el análisis total, definitivo, sin que le asusten las últimas consecuencias. París, en el siglo XIX era la ciudad mundial por excelencia. Su espléndida belleza, su arte, su riqueza, su influjo político, su imperio sobre ideas y modas la convertían en reina sin rival. Lo que para todos era motivo de admiración, para un francés era causa de orgullo.

Cuando a los 18 años sale, de Lyón hacia la capital, donde quiere coronar sus estudios, su espíritu va abierto, quiere analizar aquellas celebradas maravillas. La ciudad surgió ante sus ojos, cuando al pasar por Montrouge y en una rápida curva de la carretera de Orleans, aparecieron las torres de las Iglesias y la masa imponente de sus colosales edificios. Lo que sintió en su corazón ni él mismo lo sabe definir. Era una mezcla de encontrados afectos. Orgullo de francés; timidez de provinciano; curiosidad de estudiante; atracción de soñador. Allí volaban jóvenes de todo el mundo y, como mariposas deslumbradas, se quemaban las alas en sus luces engañosas. Supo Federico sobreponerse a las primeras impresiones y comenzó el estudio sereno de aquella jaula hermosa, fijándose más que en su apariencia, en los pájaros que cantaban dentro de ella. Concreta su definitivo juicio en estas palabras: "París es como un inmenso cadáver al que me he unido, lleno de vida y juventud. Su frío me hiela; su corrupción me mata... Para mí esta ciudad sin límites, donde vago perdido, es Cedar, es Babilonia; lugar de peregrinación y destierro... La ciencia y el Catolicismo es mi único consuelo."

¶ Pero más altas que sus torres pretendían elevarse sus sistemas ideológicos. Y los arquitectos de construcciones científicas y filosóficas, de la ciudad, cerebro del mundo, trazaban planes sobre bases totalmente anticristianas. Como las ideas rigen el mundo, Ozanam entrevió claramente el futuro de la humanidad y el papel preponderante que le quedaba reservado a la juventud. "Es magnífico, escribe, asistir a una época tan solemne; la misión de un joven en la sociedad es hoy bien grave e importante. "Así enfocaba la realidad, calibrándola exactamente, sin dejarse seducir por aquellas brillantes pero mentirosas apariencias.

**Reacciones.**- La insignificancia del individuo ante la magnitud del problema a veces provoca parálisis de la acción. De ahí, ante la inutilidad del esfuerzo, se escoge la táctica del entreguismo o de la ausencia. Hay en Ozanam algunos rasgos que parece lo arrastrarían a aquella determinación. La tristeza que, algunas veces como densa niebla envolvía su espíritu; cierta timidez innata que lo encogía ante la dificultad, parecían factores que lo aislarían del contacto social y mucho más del choque violento. Recordemos además y este factor es muy importante que, por muchos años, una traidora enfermedad fue

minando su existencia y que la tuberculosis al robar las energías del cuerpo, con frecuencia produce una inmovilidad en el alma. Dura fue la batalla, pero supo luchar y vencer en ella. Veamos cómo reacciona.

A un primo suyo, Falconnet que estudiaba en Lyon, le escribe con entereza: "Ya estás en el camino del bien ¡Animo! mi amigo; afianza tus pasos; mantente sólido y firme contra las tempestades que no tardarán en descargar sobre ti. ¡Ojo con el desaliento que es la muerte del alma! ¡Acostúmbrate a ver el mal a tu alrededor y a no dejarte aplastar por él".

Quien así hablaba a los demás, no lo hacía artificialmente sino que dejaba en sus consejos un eco fiel de lo que guardaba en su corazón. Está firmemente convencido de que sus ideas serán acogidas con entusiasmo por la juventud: "El porvenir se extiende ante nuestros ojos, inmenso como el Océano; audaces marineros navegamos en el mismo barco y remamos a la par. Sobre nosotros, la religión, brillante estrella, luz de nuestro rumbo; ante nosotros, el surco glorioso de los grandes hombres de nuestra patria y nuestra doctrina; detrás de nosotros, nuestros jóvenes hermanos, nuestros compañeros más tímidos que esperan el ejemplo".

**Altos y bajos.**- No todos los días vibraba su alma con tan rosado optimismo. Su sensibilidad exquisita estaba expuesta al golpe de las impresiones más variadas. La música remueve el fondo de su alma. Ha oído el órgano de la Iglesia de Saint Etienne du Mont y no puede sustraerse a una profunda emoción: "Una conmoción general agitaba mis nervios al oír resonar bajo la bóveda gótica este instrumento de mil voces. . . Oh poder ingente de la música. . ."

Parejas emociones le causan las manifestaciones de arte; los bellos panoramas, las hermosas ciudades; la palabra elocuente. De ahí que las despedidas le sean tan dolorosas. La expresión de lo sucedido en Roma podría ser como la fórmula general "Aquí entré bailando y salí llorando".

Como las cuerdas de un arpa vibran sus afectos al hablar en público o con amigos o en situaciones diversas. Sobre todo, cuando fuera de su Patria se encontraba con socios de las Conferencias, se imponía el desahogo del llanto. "Lágrimas de alegría me vienen a los ojos, cuando a estas distancias encuentro a nuestra pequeña familia".

La muerte de su padre (1837) y a los dos años (1839) la de su madre fueron golpes tremendos que abrieron en su alma profunda herida: Quedó como sumida en tristeza. Abundan sus manifestaciones; escojamos una. A raíz de la pérdida de su madre escribe: "En este momento soy víctima de un mal que no dejaré de extrañarte y es que en una ciudad donde tengo tantos parientes y tantos amigos, me siento SOLO". Ya la enfermedad iba haciendo su fatal y silenciosa obra. Tristeza; estado general de melancolía. Ni ganas tiene de traba-

jar. Le parece menguado su trabajo y pobre el fruto. Si en estos momentos coge la pluma entre sus dedos, vierte sobre el papel tinta negra empapada en melancolía y desaliento. "Ya ves, escribe a un amigo, hoy estoy optimista. Vaya por la anterior que era tan pesimista y todo lo impregnaba con sensación de inutilidad".

No con la complacencia de quien quiere explotar la delicia morbosa de la melancolía, sino con la finura del psicólogo que analiza su trayectoria y del asceta cristiano que se esfuerza por rectificarla, tiene un estudio precioso sobre esa nebulosa situación del alma.

"La tristeza, escribe, tiene sus peli-gros. A veces se confunde con la pereza y aun ocupa su puesto en las anti-guas listas de pecados capitales. . . Fijaos bien cuánto se regodea uno en la melancolía. Primero porque es una manera de ocuparse de sí mismo. Segundo, porque, a falta de méritos que se querrian hallar en sí para admirarlos, se siente cierta satisfacción en demostrar por lo menos el pesar de no tenerlos. Es un sentimiento de honesta apariencia; una especie de justicia; casi una virtud. Además es más cómodo soñar que actuar; cuestan menos las lágrimas que el sudor. Y lo que se nos pide son nuestros sudores".

Alguna propensión hereditaria debía hallarse en la familia, pues escribe a su hermano Carlos: "La melancolía que te atormenta es una enfermedad que conozco demasiado para no lamentarla y ayudarte a combatirla; porque tiene el riesgo que agrada al mismo tiempo que enerva y agota las fuerzas morales".

Alma grande nunca se contentaba con lo que hacía y cada vez era más exigente consigo en todo; en su perfeccionamiento moral e intelectual. Le parecía que trabajaba poco; que no era lo suficientemente ordenado y que el rendimiento de sus esfuerzos era bajo. Por supuesto, cuando llega el momento de tomar una determinación su natural timidez le acarrea indecisiones que le atormentan y le obligan a buscar el apoyo de ajenos consejos.

**Luchando.**- Contra la enfermedad que va minando el cuerpo y la melancolía que se enrosca en el alma, Ozanam lucha como fuerte. Desde luego su oración suplicante vuela a Dios, pero al mismo tiempo inicia una campaña agresiva contra el terrible enemigo. La estrechez del artículo obliga a la brevedad. Escribiendo a su amigo Lillier le dice: "Si la Providencia ama el valor del justo que soporta las tribulaciones, ama también verse servida con alegría y bendecida por una familia que le agradece sus beneficios".

Y da sus bromas, mesuradas es cierto, pero que en su carácter tienen valor especial. "Ya es hora, le escribe a Ampère, muy turista, ya es hora de que reaparezca con las golondrinas, siquiera para inspeccionar la casa. Nosotros pondremos en desorden sus manuscritos, saquearemos sus jeroglíficos, si es éste el único medio para que volváis. Porque

de otra suerte ¿qué nos haremos? Y no me refiero a las Duquesas y al bello sexo que irán a escucharos en el salón del Colegio de Francia. Estoy hablando de nosotros. . .”

A esta táctica obedece el buscar las confidencias de los amigos y el encanto de las conversaciones. El silencio, fuera del estudio, le aterra. Para todo el que tenía con él un rasgo de delicadeza o atención reservaba manifestaciones exquisitas de agradecimiento. Ya se deja entender que Ampere tenía que llevarse la primacía en este punto.

**Callando y hablando.**- La situación política en Francia era muy revuelta. Los mismos católicos no fueron capaces de formar un frente unido. Ozanam recibió más de un flechazo desde las columnas de L'UNIVERS dirigidos por L. Veuillot. Prefirió callarse a enconar los ánimos con una disputa.

En cambio cuando llega el momento de hablar no cierra su boca. Al abrirse la Universidad Católica de Lovaina, algunos estudiantes de las Universidades oficiales de Bélgica organizaron una campaña de injurias contra ella. Ozanam protesta en nombre de sus compañeros católicos de la Universidad de París y de cuantos quieren el desarrollo libre de la Enseñanza. “Decimos, escribe, que cuantos han procedido de esa manera no son campeones de la libertad ni de la ciencia; hijos atrasados del siglo XVIII, ajenos al progreso de nuestros días, su conducta no es digna ni de su época ni de su país”.

Siendo estudiante alza su voz de protesta cuando un profesor ataca la doctrina católica. En la profesión de su fe no conoce ni el respeto humano y mucho menos la cobardía.

En torno de la Cátedra de Lenormant se produjeron graves alborotos. Había gente interesada en suprimir el curso. Ozanam ve en ello una falta de honradez y un juego poco limpio. No dudó un momento en tomar su decisión. “Yo haré cuanto pueda para que mi causa no se separe de la del Sr. Lenormant. Mientras se trate de armar alborotos en sus lecciones, yo asistiré a ellas y emplearé toda mi influencia sobre ciertos jóvenes para que no le falte auditorio. “Enérgica actitud que bien quisiéramos verla imitada en nuestros tiempos; porque unos cuantos audaces a veces imponen su criterio frente a centenares que opinan lo contrario, pero que callan prudentemente. Con razón exclama este valiente profesor de la Sorbona: “Ah, mon ami qu'il se fait de mal dans le monde par la in consequence et la timidité des gens de bien.- Ah! mi amigo, cuántos males acarrea la inconsecuencia y cobardía de las gentes de bien”.

Esa verticalidad suya la guardó cuantas veces tuvo que dar testimonio de la verdad. No era áspero en sus expresio-

nes ni buscaba la polémica sin necesidad o si la consideraba inútil. Pero nunca fue traidor a la verdad.

Sus relaciones con el Padre Lacordaire fueron íntimas, cordiales. Basta leer el epistolario, repasar las incidencias de la lucha católica y recordar que fue Ozanam quien ideó las Conferencias Cuaresmales y llevó a la Cátedra de Notre Dame al célebre Conferencista. Preguntóle un día el famoso dominico qué opinaba de su oratoria. La respuesta fue un poco vaga y evasiva. Pero una vez en su casa creyó que no había cumplido ni con la sinceridad de la amistad ni con los fueros de la verdad. Quiso enmendar el yerro y aquella misma tarde le escribió esta carta.

“Mi Reverendo Padre: Esta mañana me hizo una pregunta de amigo y yo le he respondido como un extraño, como un hombre a quien Ud. no le hubiera dado la amistosa libertad de decir todo. Siento por ello remordimientos y a la verdad me hallo demasiado tiernamente unido a vuestra persona, soy un admirador demasiado apasionado de vuestra predicación para no repetir las impresiones que oigo cuando Ud. me las pide y pueden servir para el bien de las almas.

Es cierto que los clásicos, los puristas del lenguaje, os juzgan a veces poco severo en la selección de vuestras expresiones. Os echan en rostro, por ejemplo, la expresión certeza trasluminosa que habéis empleado en alguna Conferencia. Se os critica las audacias de conexiones de hechos y el recuerdo demasiado frecuente de alusiones profanas en un tema sagrado.

Pero ¿qué valen estas pajas frente al torrente de vuestra inspiración? ¿Qué maravilla en cambio que el primer arranque de vuestro pensamiento halla al punto una forma bella, armoniosa y tal que con frecuencia el arte más exquisito no podría añadir nada. Yo veo que cada vez sois más riguroso con vos mismo y que sacudís siempre más y más esas menudencias de polvo romántico. Seguro que, fuera de Bossuet, nadie ha predicado como Ud. Si os queda algo por hacer, sería corregir aun más vuestras Conferencias antes de entregarlas a la imprenta para darles la irreprochable perfección que acabará de hacerlas inmortales. Porque, mi Rvdo. Padre, este gran auditorio de Notre Dame es todavía bien pequeño frente a los ausentes y a las generaciones futuras que obligareis a escucharos.

Adiós; perdón por la extremada libertad que me habéis dado y, creed Rvdo. Padre en el reconocimiento de un hombre a quien habéis hecho mucho bien.

Federico Ozanam

Las circunstancias de esta carta y el contenido de ella manifiestan al hombre por el testimonio que da a la verdad.

VICTOR IRIARTE, S. J.